

FRATRICIDIO EN CIUDAD DE EL CABO

THOMAS G. BUCHANAN

Sudáfrica: 4 millones de blancos, 22 millones de negros, y un régimen decidido a que los negros no compartan jamás el poder. El servicio militar empieza durante la enseñanza secundaria, y un hombre sigue en situación de reserva hasta los sesenta y cinco años de edad. Las mujeres se adiestran también en manejar armas, desarmar a los agresores y, en caso necesario, matarlos con un golpe de karate...

6 de septiembre en Ciudad de El Cabo: un miembro de los comandos sud-africanos, adiestrado en todas las artes del combate, y su hermosa e infiel esposa. El soldado había llegado inesperadamente, y la había descubierto engañándole. La cogió in fraganti. La apuntó con su revólver. Ella estaba en la cama, desnuda.

Tenía una fracción de segundo para desarmarle, como le habían enseñado en las clases de judo el año anterior: desviar el arma antes de que él apretase el gatillo, sujetarle el brazo mediante una llave, retorcerle la muñeca hasta que soltase el arma. Después, sería cuestión de un cuerpo a cuerpo... y él había sido entrenado durante años para esta clase de lucha. Ella tenía que ganar este combate; de lo contrario, sería el último. No tenía una posibilidad entre un millón, pensó lúgubremente al saltar hacia él...

Todo empezó en Ciudad de El Cabo a principios del año pasado, en un club de judo donde hombres como Brian Allison enseñan a las mujeres a defenderse, igual que las mujeres de Rhodesia (cuando aún no se había convertido en Zimbabue).

«¡Muy bien, para una principiantel», pensó Brian al ver a una muchacha coger al instructor por la muñeca, girar súbitamente sobre sí con un rápido movimiento de caderas, hacerle perder el equilibrio y arrojarle a la colcho-

neta por encima de su hombro. Bajo el blanco kimono de la grande y rubia amazona, entrevió una parte de sus muslos musculosos. «Apuesto a que esta muchacha podría quebrarle la espalda a uno», pensó Brian, «si le envolviera con esas piernas. Pero, ¡qué muerte!».

Brian era cabo y llevaba galones que lo probaban. Esto le dio suficiente confianza, cuando se hubo puesto el uniforme, para preguntarle si podía llevarla a su casa en coche. Aunque él tenía veintisiete años, llevaba tanto tiempo viviendo en cuarteles del ejército que siempre se sentía un poco torpe cuando hablaba con chicas. Irene tenía veinticuatro años, unos ojos azules, unos pechos altos y firmes, y un cuerpo espléndidamente desarrollado sin posibilidad alguna de usarlo. Todos los jóvenes de su edad estaban haciendo el servicio militar. Subió al viejo Plymouth negro de Brian. Era el único coche que él podía permitirse por ahora, con el sueldo que el ejército le pagaba. Irene le invitó a subir al apartamento que compartía con una amiga, pero no fue mucho lo que pudieron hacer allí, en presencia de su compañera de habitación.

Dos meses después, y con los contactos durante las clases de judo como única base, se casaron en una pequeña iglesia de Clermont, barriada de clase obrera de Ciudad de El Cabo. Brian había conseguido unos días de permiso.

Pasaron la noche de bodas en un pequeño dormitorio de la casa de los padres de Brian. A la mañana siguiente desayunaron en la cocina. La hermana de Brian, Cynthia, les sirvió una taza de humeante chocolate a cada uno, y luego se retiró discretamente; pero su hermano menor, David, no fue tan delicado. Se sentó junto a ellos, en la mesa de la cocina, y se quedó mirando descaradamente a Irene; sin embargo, a ella no pareció importarle, aunque no llevaba puesto más que un camisón transparente. Brian supuso que, para ella, su hermano era sólo un crío. No contaba todavía, mientras no hiciese el servicio militar. Empezó a hacer las habituales observaciones que los recién casados se ven obligados a escuchar en tales ocasiones.

David era más sensible que Brian, una vez que se le conocía. Quizá Brian lo había sido también, antes de ingresar en el ejército. David tenía el cabello suave y sedoso, y una cara larga, con la frente alta. Brian era de cara redonda, y su pelo consistía en una mata de cerdas cortadas al cepillo. Así era como le gustaba al ejército. David solía ayudar a Irene a hacer la compra, y ella le contaba todas sus cuitas. De lo que más le hablaba era de lo cansada que estaba de vivir con los padres de su marido: le gustaría tener casa propia. Y a él también, decía David.

Así estaban las cosas en julio de

FRATICIDIO

1980, quince meses después del matrimonio. Fue entonces cuando llegó Brian diciendo que le mandaban a Pretoria para efectuar entrenamientos especiales sobre tácticas de comandos.

-¡Llevaré galones de sargento cuando regrese! -alardeó.

-Yo empezaré a buscar un pequeño bungalow -dijo ella-. Con el dinero extra que vas a ganar ahora, nos lo podremos permitir.

Eso era lo único que a ella le importaba: el dinero; no el honor. En eso era lo que pensaban siempre las mujeres, pensó Brian. Aún no me ha llegado el aumento de sueldo, y ya se lo quiere gastar.

-Ya hablaremos de eso dentro de dos meses, cuando regrese -contestó-. No hay prisa.

Seis semanas más tarde, Brian recibió una carta de su hermana Cynthia. La leyó, y la releyó. Luego le pidió al capitán un permiso especial, y cogió el tren para Ciudad de El Cabo. Al llegar a

casa, su hermana Cynthia le estaba esperando. Había averiguado la dirección del pequeño bungalow que Irene había alquilado: Victoria Street, 26. Cynthia se había portado con discreción a este respecto; no lo había dicho aún a sus padres. Nadie más sabía que Irene iba allí con David.

-Si te das prisa, los puedes coger -sugirió Cynthia. Empezaba a sentirse un poco inquieta. Jamás había visto a su hermano con *aquella cara*-. ¡Prométeme que no harás nada que después tengas que lamentar! -suplicó. Brian no dijo una palabra-. ¡Bueno, no olvides que me lo has *prometido!* -repitió Cynthia. En fin, no sería culpa *suya*. Ella había hecho lo posible por detenerle.

Cuando Brian llegó a la dirección que Cynthia le había dado, el pequeño bungalow de madera estaba a oscuras. Había una ventana abierta en la planta baja. Entró por allí. A continuación, empezó a

buscar el dormitorio. No se oía un solo ruido. Y ni siquiera habían hecho la cama, observó Brian con repugnancia. La habían dejado toda revuelta, tal como solían hacer ellos últimamente. Si uno deja en el ejército una litera así, le meten un paquete. ¡Maldito cabrón! Se cree lo bastante mayor como para quitarme la mujer, y no es capaz de hacer la *cama*. ¡Ya verá cuando vaya al campamento, con un sargento como el que tuve yo! ¡Ya verá cuando le manden al frente, norte, con las guerrillas de negros disparándole! Apuesto a que dará media vuelta, en cuanto oiga el primer disparo, y echará a correr! ¡Lo que ese crío necesita es una lección que no va a olvidar!

Pero Irene no era una cría. Tenía veinticuatro años. Sabía lo que se hacía. No había esperado siquiera dos meses para empezar a engañarle. Y con su hermano, además. Con su *hermano menor*. Brian pensó que había montones



de mujeres de esa clase, hoy día. Mientras los hombres —los hombres de verdad— se preparaban para defenderlas de la rebelión negra que podía estallar en cualquier momento, las mujeres se acostaban con los civiles, en casa: con viejos adinerados o con chiquillos bien parecidos como David.

Brian oyó voces en el sendero fuera de la casa. Hacia un cuarto de hora que estaba allí, y empezaba a preguntarse si se habrían marchado antes de llegar él. No sería posible tener unas palabras con su mujer, a la mañana siguiente, si no les había visto realmente. Ella podía limitarse a negarlo. Brian eligió un escondite desde donde pudiera ver el dormitorio si no cerraban la puerta.

Los recién llegados entraron riendo. Pasaron a una yarda de donde Brian se había escondido y se dirigieron al dormitorio. Con la impaciencia de los amantes que han descubierto hace poco el cuerpo del otro, se desvistieron mutuamente. A continuación no pudo verles más... pero sí podía oírles. Ella había empezado a gemir, y los gemidos le brotaban de lo más íntimo. Brian sabía qué significaba *aquello*. Irrumpió en la habitación blandiendo el enorme revólver que le habían entregado para el adiestramiento del comando. Estaban acostados en la cama, desnudos... y las grandes piernas de ella envolvían la espalda de su hermano. Bien, sería la última vez que eso iba a suceder.

Brian sólo se proponía asustar a su hermano, cuando apuntó con el revólver. Pero sus dedos sujetaban el arma con tanta fuerza que apretaron el gatillo. David había empezado a retirarse de su adúltero abrazo presa del pánico, cuando le alcanzó la bala. Brian enloqueció ahora de tal manera que disparó por segunda vez sobre la espalda de David, tendido en el suelo y luego volvió el arma hacia Irene. Vaciló. Debía matarla sin más, ¿o castigarla de todas las formas con que se puede humillar a la adúltera, cuando el marido celoso la tiene a su merced?

Brian no tuvo ocasión de decirse. En esa fracción de segundo,

Irene saltó sobre él y, antes de que Brian se diera cuenta de lo que hacía, había empezado a retorcerle la muñeca. Le había sujetado el brazo derecho con una llave. Eso era lo que pasaba por dar a las mujeres lecciones de judo, pensó con amargura. Le había cogido por sorpresa; pero aún tenía el arma, y ahora tendría ella que luchar cuerpo a cuerpo. Brian era experto en ese tipo de lucha. Sabía cómo hacerla implorar piedad. Todo lo que tenía que hacer, para neutralizar aquella llave, era alargar la otra mano hacia atrás y cogerla por aquel matojo de pelo enmarañado que tenía donde le había traicionado con su hermano. La agarró fuertemente; se lo retorcería hasta que soltase la muñeca. Veríamos quién de los dos podía resistir más tiempo el dolor... Irene comprendió el peligro. Ahora se retorcía desesperadamente para mantener las partes vulnerables de su cuerpo desnudo fuera del alcance de los dedos expectantes de Brian, mientras rodaban juntos por el suelo. Ella sabía que Brian no iría siquiera a la cárcel, si llegaba a matarla. Llevaría puesto su uniforme ante el tribunal, con todas sus medallas, el abogado de Brian explicaría que había sufrido un momentáneo ataque de locura, y que al volver en sí, estaban muertos los dos. ¡Inocente!... Brian tenía el dedo en el gatillo, tratando de apuntar el arma en dirección a ella, utilizando todos los trucos que le habían enseñado en la unidad del comando. Ella aumentó la torsión de la muñeca para hacerle soltar el arma. No; no consentiría que una mujer desnuda le despojase del último símbolo de su hombría. Brian la agarró un poco más fuerte. De pronto, sonó un disparo, y los sesos de Brian se esparcieron por las paredes y la alfombra.

Irene Allison cogió el teléfono para notificar a la policía que había ocurrido un accidente.

Era el 6 de septiembre en Ciudad de El Cabo. El Ejército de Defensa de Sudáfrica acababa de perder en acción a otro hombre, en el frente nacional. ■ T. G. B. (Traducción de Francisco Torres Oliver).

